

Seix Barral Biblioteca Formentor



Muriel Barbery

La vida de los elfos





Seix Barral Biblioteca Formentor

Muriel Barbery
La vida de los elfos

Traducción del francés por
Palmira Feixas

Título original: *La vie des elfes*

© Editions Gallimard 2015

© por la traducción, Palmira Feixas, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: septiembre de 2015

ISBN: 978-84-322-2497-3

Depósito legal: B 16.279-2015

Composición: Àtona – Víctor Igual, S. L., Barcelona

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47..

9 NACIMIENTOS

11 La pequeña de las Españas

24 La pequeña de las Italias

37 ARQUEROS

41 Angèle: *Las flechas negras*

57 Gustavo: *Una voz de muerte*

76 *Consejo élfico restringido*

78 Maria: *La liebre y el jabalí*

98 Leonora: *Tanta luz*

118 *Consejo élfico restringido*

119 Eugénie: *Todo el tiempo de la guerra*

135 Raffaele: *Esos servidores*

-
- 147 *Consejo élfico restringido*
- 148 Clara: *Que se lleve los rosarios*
- 156 Pietro: *Un gran marchante*
- 169 *Consejo élfico restringido*
- 171 El padre François: *En esta comarca*
- 185 Alessandro: *Los pioneros*
- 202 *Consejo élfico restringido*
- 203 André: *A la tierra*
- 224 Teresa: *Las hermanas Clemente*
- 234 *Consejo élfico restringido*
- 235 Rose: *Los linajes del cielo*
- 248 Petrus: *Un amigo*
- 259 *La mitad del Consejo de las Brumas*
-
- 261 GUERRA
-
- 265 Eugène: *Todos los sueños*
- 294 *La mitad del Consejo de las Brumas*
- 297 *Agradecimientos*

LA PEQUEÑA DE LAS ESPAÑAS

La pequeña pasaba la mayor parte de su tiempo libre en las ramas. Cuando no sabían dónde encontrarla, iban a los árboles, primero a la gran haya que dominaba el cobertizo del norte y donde le gustaba soñar observando el movimiento en la granja, luego al viejo tilo del jardín del cura tras el murete de piedras húmedas y, por último, y era lo más habitual en invierno, a los robles de la hondonada oeste del campo contiguo, una parte del terreno plantado con las tres especies más hermosas de la región. La pequeña moraba en los árboles todo el tiempo que podía hurtar a una vida de pueblo hecha de estudio, de comidas y de misas, y a veces invitaba a algunos compañeros de la escuela, que se maravillaban de las explanadas ligeras que había acondicionado y pasaban allí días plenos charlando y riendo.

Una tarde en la que se encontraba en una rama baja del roble del centro, aunque la hondonada se estaba llenando de sombra y sabía que irían a buscarla para que

regresara a casa, decidió cruzar el prado e ir a saludar a los carneros del vecino. Se puso en camino rodeada por la niebla naciente. Conocía cada matorral en un perímetro que iba desde los contrafuertes de la granja de su padre hasta las fronteras de la de Marcelot; podría haber cerrado los ojos y haberse orientado como bajo las estrellas por las ondulaciones de los campos, los juncos del arroyo, las piedras de los caminos y las inclinaciones de las cuestas suaves; en lugar de eso, y por un motivo particular, los abrió de par en par. Alguien andaba en la niebla a apenas unos centímetros de ella, alguien cuya presencia le encogía el corazón de una manera extraña, como si el órgano se replegara sobre sí mismo mostrándole curiosas imágenes: vio un caballo blanco en un sotobosque cobrizo y un camino adoquinado de piedras negras que relucían bajo la espesura.

Hay que decir qué clase de niña era el día de aquel notable acontecimiento. Los seis adultos que vivían en la granja —el padre, la madre, dos tías abuelas y dos primas mayores— la adoraban. Tenía un encanto que no se parecía al de los niños cuyas primeras horas han sido clementes, esa especie de gracia nacida de la mezcla de ignorancia y de felicidad; no, era más bien un halo irisado que uno veía cuando se movía y que los espíritus forjados en los pastos y en los bosques comparaban con las vibraciones de los grandes árboles. Sólo la tita de más edad, en virtud de una inclinación especial por lo que carece de explicación, pensaba para sus adentros que había algo mágico en la pequeña, pero lo que se daba por supuesto era que se movía de una manera

inusual en alguien tan joven: llevaba consigo algo de la invisibilidad y del temblor del aire, como las libélulas o los ramos en el viento. Por lo demás, era muy morena y muy viva, un poco flaca pero muy elegante; tenía los ojos como dos obsidianas relumbrantes; la piel mate, tostada; un arbol circular en lo alto de los pómulos un poco esclavos; los labios muy perfilados y del color de la sangre fresca. Una belleza. ¡Y qué carácter! Siempre corriendo campo a través, echándose sobre la hierba y quedándose a mirar el cielo demasiado grande, cruzando el arroyo descalza, incluso en invierno, por el frescor o el mordisco del frío, y contando a todos con la seriedad de un obispo las grandes y pequeñas cosas de sus días al aire libre. A la vez, traslucía una ligera tristeza, como suele ocurrirles a las almas cuya inteligencia desborda la percepción y que, por los indicios que están en todas partes, incluso en los lugares protegidos, aunque sean muy pobres como donde ella había crecido, ya presienten las tragedias del mundo. Así, fue esta joven rama ardiente y secreta la que sintió junto a ella en la niebla de las cinco de la tarde la presencia de un ser invisible del que sabía, con más certeza de la que el cura predicaba que el buen Dios existía, que era a la vez amistoso y sobrenatural. No tuvo miedo, pues. En lugar de eso, torció en su dirección, manteniendo el rumbo que había decidido antes, el de los carneros.

Algo le dio la mano. Era como si hubieran envuelto una enorme mano en una madeja ligera y tibia que formaba una zarpa suave en la que se hundía su propia mano, pero ningún hombre podría haber apretado así con la

palma, de la que sentía, a través del ovillo sedoso, los huecos y los bultos de una pata de jabalí gigante. En aquel instante fueron hacia la izquierda, casi en ángulo recto, y ella comprendió que se dirigían hacia el bosquecillo rodeando los carneros y la granja de Marcelot. Allí había un baldío lleno de una bonita hierba tupida y húmeda que subía en una pendiente suave y luego llegaba a la colina por un paso zigzagueante, hasta desembocar en un hermoso bosque de álamos rebosante de fresas y de vincapervincas que formaban un tapiz, un bosque donde, hasta hacía poco, cada familia tenía derecho a cortar madera cuando caían las primeras nevadas. Por desgracia, aquella época ha pasado, pero hoy no hablaremos de ello, por tristeza o por olvido, y porque a esta hora la pequeña corre delante de su destino estrechando con fuerza una pata de jabalí gigante. Era una tarde del otoño más clemente en mucho tiempo. Aún no habían dejado las manzanas y las peras en los zarzos de madera del sótano para que se arrugaran, y durante todo el día llovían insectos ebrios de la gran cosecha de los viñedos. Y además en el aire había una especie de languidez, un suspiro perezoso, una apacible certeza de que las cosas no se acabarían nunca, y aunque los hombres trabajaran como de costumbre, sin descanso y sin queja, gozaban secretamente de aquel interminable otoño que les decía que no se olvidarían de amar.

Con todo, resulta que la pequeña se dirige hacia el claro del bosque del este y que de nuevo se produce un acontecimiento inesperado. Se pone a nevar. Se pone a

nevar de repente, y no esos pequeños copos tímidos que sueltan pelusa en la grisura del cielo y apenas parecen posarse en el suelo; no, se pone a nevar con copos densos, grandes como yemas de magnolia, que se espesan formando una pantalla muy opaca. En el pueblo, a las seis, todo el mundo se quedó sorprendido; el padre, que partía leña con una simple camisa de dril; Marcelot, que espabilaba a la jauría cerca del estanque; Jeanette, que amasaba una hogaza, y muchos otros, que, en aquel final de otoño lleno de sueños de felicidad perdida, se ocupaban, yendo y viniendo, del cuero, la harina y la paja; sí, todos estaban atónitos y echaban la aldaba en las puertas de los establos, regresaban con los carneros y los perros y se preparaban para lo que sienta casi tan bien como la bella lasitud del otoño: la primera velada junto al fuego cuando afuera nieva endiabladamente.

Se preparaban y pensaban.

Pensaban, los que se acordaban, en un atardecer de otoño de diez años atrás en que nevó de repente como si el cielo se desmigara de golpe en virutas inmaculadas. Y especialmente pensaban en ello en la granja de la pequeña, donde acababan de descubrir que no estaba, y el padre se había encasquetado su gorro de piel y una chaqueta de caza que apestaba a antipolillas a cien metros de distancia.

—Que no vengan a llevársela —susurró antes de desaparecer en la noche.

Llamó a la puerta de las casas del pueblo donde se encontraban otros granjeros, el guarnicionero, el alcalde (que también era el jefe de los peones camineros), el guarda forestal y algunos otros. En todas partes le bastó

decir: «Falta la pequeñina», antes de volver a marcharse camino de la siguiente puerta, y detrás de él el hombre gritaba en su chaqueta de caza o su gabán para el frío, se arropaba y se adentraba en la tormenta hacia la próxima casa. Así, se reunieron quince hombres en la de Marcelot, cuya mujer ya había preparado una sartén de tocino y un cántaro de vino caliente. Lo devoraron todo en diez minutos entrecortados por instrucciones de batalla no muy distintas de las que daban las mañanas de caza, salvo que el trayecto de los jabalíes no tenía misterio, mientras que la pequeña era más imprevisible que un duende. El padre, como todos los demás, simplemente tenía una idea al respecto, porque en las tierras donde el buen Dios y la leyenda casan bien y donde sospechan que conocen trucos que la gente de la ciudad ha olvidado desde hace tiempo, no creen en las coincidencias. ¿Saben?, allí raramente se pide socorro a la razón para los naufragos, más bien el ojo, el pie, la intuición y la perseverancia, y es lo que hacían aquella noche, porque se acordaban de una noche parecida justo diez años antes, en que subieron el paso de la montaña buscando a alguien cuyas huellas llevaban derecho al claro del bosque del este. Sin embargo, el padre temía por encima de todo que, una vez que llegaran allí arriba, los muchachos no pudieran sino abrir los ojos como platos, santiguarse y negar con la cabeza exactamente igual que hicieron cuando las huellas cesaron de manera brusca en el centro del círculo y se encontraron contemplando una nieve lisa como la piel de un recién nacido y un espacio virgen y mudo por donde nadie, como podrían haber jurado todos los cazadores, había pasado desde hacía dos días.

Dejémoslos subir a la tormenta de nieve.

La pequeña, por su parte, ha llegado al claro. Nieva. No tiene frío. Quien la ha traído aquí le habla. Es un gran y hermoso caballo blanco cuyo pelaje humea en la noche y desprende una bruma clara en todas las direcciones del mundo: hacia el oeste, donde azulea el Morvan; hacia el este, donde han segado sin una lluvia; hacia el norte, donde se despliega la llanura, y hacia el sur, donde los hombres apenas están en la subida, con nieve hasta la cintura y el corazón lleno de angustia. Sí, un gran y hermoso caballo blanco con brazos y piernas, y espolones también, y que no es ni un caballo, ni un hombre, ni un jabalí, sino una síntesis de los tres, aunque sin partes ensambladas: en ocasiones la cabeza de caballo se vuelve la de un hombre, al mismo tiempo que el cuerpo se alarga y se dota de pezuñas que se retraen en patas de jabato y luego crecen hasta convertirse en las de un jabalí, y así continúa indefinidamente, y la pequeña asiste con recogimiento a esa danza de esencias que se llaman y se mezclan trazando el paso del saber y de la fe. Él le habla con dulzura y la bruma se transforma. Entonces ella lo ve. No comprende lo que dice pero ve una tarde de nieve como esa en el mismo pueblo donde está su granja y, frente a la puerta, hay una forma blanca posada sobre la blancura de la nieve. Y esa forma es ella.

No hay ni un alma que no se acuerde cada vez que se cruza con la pequeña, vibrante como un polluelo cuya vida pura le palpita hasta en la espalda y en el corazón. Fue la tita Angèle quien, al ir a encerrar las gallinas, encontró a la desdichada, que la miraba con su carita ambarina invadida por unos ojos negros tan visiblemente humanos que allí se quedó, con un pie en el aire, antes de reponerse y gritar «¡Una niña en la noche!», y luego estrecharla para llevar adentro a la pequeña sin copos, a pesar de que seguía nevando. Un poco más tarde, aquella misma noche, la tita declaró: «Creía que el buen Dios me hablaba», y luego se calló, con la embrollada sensación de que era incapaz de expresar el vuelco de las curvas del mundo que se había producido con el descubrimiento del recién nacido con sus mantillas blancas, la deslumbrante fisión de los posibles caminos desconocidos que rugían en la noche de nieve mientras los espacios y los tiempos se retraían y se contraían, pero al menos ella lo había sentido y encomendaba al buen Dios el comprenderlo.

Una hora después de que Angèle hubiera descubierto a la pequeña, la granja estaba llena de lugareños que debatían y el campo de hombres que seguían un rastro. Buscaban la pista de los pasos solitarios que salían de la granja y subían hacia el bosque del este sin apenas hundirse en la nieve que a ellos les llegaba hasta la cintura. La continuación ya la conocemos: al llegar al claro, abandonaron la batida y regresaron al pueblo con un gesto sombrío.

—Ojalá —dijo el padre.

Nadie contestó, pero todos pensaron en la desdichada que, tal vez; y se santiguaron.

La pequeña lo observaba todo desde el fondo de las mantillas de fina batista con encajes de una forma desconocida en aquel país, bordados con una cruz que encendió el corazón de las abuelas y con dos palabras en una lengua desconocida que las asustó mucho. Dos palabras en las que se concentró en vano la atención de todo el mundo hasta que llegó Jeannot, el encargado de correos que, a causa de la guerra, de la que veintinueve hombres del pueblo no habían regresado y por la que tenían un monumento delante del ayuntamiento y la iglesia, antaño había ido muy abajo en el territorio que llamaban Europa —que, en la cabeza de los salvadores, no tenía otra localización que la de las manchas rosas, azules, verdes y rojas del mapa de la sala municipal, pues ¿qué es Europa cuando pueblos situados a tres leguas de distancia están separados por fronteras estrictas?

Jeannot, que acababa de llegar todo cubierto de copos de nieve y a quien la madre había servido un café y un vaso lleno de licor, miró la inscripción bordada en el algodón satinado y dijo:

—Pues claro, está en español.

—¿Estás seguro? —preguntó el padre.

El buen mozo asintió vigorosamente moviendo la nariz bañada de licor.

—¿Y qué significa? —volvió a preguntar el padre.

—¿Cómo voy a saberlo? —respondió Jeannot, que no hablaba bárbaro.

Todos asintieron con la cabeza y digirieron la noticia con la ayuda de otro trago de licor. Conque la pequeña venía de las Españas... Caramba.

Entretanto, las mujeres, que no bebían, habían ido a buscar a Lucette, que acababa de dar a luz y estaba amamantando a dos pequeñines guarecidos en dos senos tan blancos como la nieve de afuera, y todos miraban sin una pizca de malicia aquellos dos senos hermosos como panes de azúcar y que daban ganas de lamerlos igual, sintiendo que una especie de paz reinaba en el mundo porque allí había dos pequeños colgados de dos tetas nutricias. Después de mamar, la pequeña soltó un pequeño eructo, redondo como una canica y tan sonoro como un campanario, y todos se echaron a reír y se dieron unos golpecitos fraternales en la espalda. Se distendieron. Lucette se abrochó la blusa y las mujeres sirvieron paté de liebre sobre gruesas rebanadas de pan calentadas en grasa de oca; porque sabían que era el pecado del señor cura y tenían intención de que alguna casa cristiana se quedara con la señorita. Por lo demás, no causó los problemas que habría en otra parte si una pequeña hispánica apareciera de repente en la puerta de un fulano.

—Pues, bien —dijo el padre—, yo soy del parecer que la pequeña está en su casa.

Y miró a la madre, que le sonrió, miró a cada uno de los comensales, cuya mirada ahíta vagaba por los niños de pecho instalados sobre una manta junto a la gran estufa, y por último miró al señor cura, que, aureolado de paté de liebre y de grasa de oca, se levantó y se acercó a la estufa.

Todos se levantaron.

No repetiremos aquí una bendición de cura rural; todo ese latín, cuando lo que nos gustaría es saber un poco de español, nos dejaría demasiado confusos.

Pero se levantaron, el cura bendijo a la pequeña y todos supieron que la noche de nieve era una noche de gracia. Se acordaban del relato de un abuelo que les había hablado de una helada para morir tanto de espanto como de frío cuando estaban en la última campaña, la que los proclamaría victoriosos y condenados para siempre al recuerdo de sus muertos —la última campaña, mientras las columnas avanzaban en un crepúsculo lunar en el que ni siquiera él sabía si los caminos de su infancia habían existido alguna vez, o el avellano de la curva, o los enjambres de San Juan; no, ya no sabía nada, como los demás hombres, ya que hacía tanto frío, allí, tanto frío..., nadie puede imaginarse lo que fue aquel destino. Pero al amanecer, tras una noche de desgracia en que el frío derribaba a valientes a quienes el enemigo no había sabido abatir, de repente se puso a nevar y aquella nieve... aquella nieve era la redención del mundo porque ya no helaría más sobre las divisiones y pronto sentirían en la frente la tibieza insigne y milagrosa de los copos de la templanza.

La pequeña no tenía frío, no más que los soldados de la última campaña o los muchachos que habían alcanzado el claro y contemplaban la escena quietos como perros de muestra. Más tarde, no se acordarían con claridad de lo que vieron tan nítidamente como en pleno día y, a todas las preguntas, responderían con el tono vago de quien busca en su interior un recuerdo embrollado. La mayoría de las veces sólo dirían:

—La pequeñina estaba en medio de una puñetera

tormenta de nieve pero bien viva y caliente, y hablaba con una bestia que después se marchó.

—¿Qué bestia? —preguntarían las mujeres.

—Ah, una bestia —responderían ellos.

Y como estamos en la comarca donde el buen Dios y la leyenda, etcétera, nos atendremos a esta respuesta y sólo continuaremos velando por la niña como si fuera el mismísimo Santo Sepulcro.

Una bestia singularmente humana, tal y como sentían todos al mirar las ondas tan visibles como la materia dando vueltas alrededor de la pequeña, un espectáculo desconocido que les causaba un curioso estremecimiento, como si de pronto la vida se abriera en dos y al fin pudieran mirar dentro. Pero ¿qué se ve dentro de la vida? Se ven árboles, un bosque, nieve, quizá un puente, y paisajes que pasan sin que el ojo pueda retenerlos. Se ve la labor y la brisa, las estaciones y las penas, y cada cual ve un cuadro que tan sólo pertenece a su corazón, una correa de cuero en una caja de hojalata, un trozo de campo donde hay espino blanco en abundancia, el rostro arrugado de una mujer amada y la sonrisa de la pequeña que cuenta una historia sobre ranitas de San Antonio. Y luego no se ve nada. Los hombres recordarían que el mundo volvió a caer sobre sus pies bruscamente en una deflagración que los dejó a todos tambaleándose, y que después vieron que el claro estaba despejado de niebla, que nevaba a mares y que la pequeña se encontraba sola en el centro del círculo, donde no había más huellas que las suyas. Entonces todos volvieron a bajar a la granja, donde instalaron a la niña delante de un bol de leche ardiendo y donde los hombres descargaron las escopetas a toda

prisa porque había un guisado de setas con paté de morro y diez botellas de vino de reserva.

Ésta es la historia de la niña que estrechaba con fuerza una pata de jabalí gigante. En verdad, nadie sabría explicar completamente su sentido. Pero todavía hay que decir una cosa, las dos palabras bordadas en el reverso de la batista blanca en un hermoso español sin complemento ni lógica, y que la pequeña aprenderá cuando ya se haya marchado del pueblo y haya desencadenado las maniobras del destino; y antes de eso también hay que decir otra cosa: todo humano tiene derecho a conocer el secreto de su nacimiento. Así se reza en las iglesias y en los bosques, y uno se va a correr mundo porque ha nacido en la noche de nieve y ha heredado dos palabras que vienen de las Españas.

Mantendré siempre.

LA PEQUEÑA DE LAS ITALIAS

Quienes no saben leer entre líneas la existencia tan sólo retendrán que la pequeña había crecido en un pueblo perdido de los Abruzos con un cura rural y su vieja criada iletrada.

La residencia del padre Centi era un alto caserón que, encima de la bodega, tenía un jardín de ciruelos donde tendían la ropa a la fresca para que se secara a lo largo de las horas con el viento de las montañas. Se encontraba a media altura del pueblo, que subía como una flecha hacia el cielo de manera que las calles se enredaban alrededor de la colina como los hilos de un tupido ovillo donde hubieran colocado una iglesia, una posada y la piedra necesaria para acoger a sesenta almas. Después de pasarse el día corriendo al aire libre, Clara jamás regresaba a su casa sin atravesar el vergel donde rogaba a los espíritus del cercado que la prepararan para volver entre las paredes. Luego iba a la cocina, una larga sala baja con una despensa que olía a ciruelas, al

viejo mueble donde guardaban las mermeladas y al polvo noble de las bodegas.

Desde el amanecer hasta la puesta del sol, la vieja criada contaba allí sus historias. Al cura le había dicho que las sabía por su abuela, pero, a Clara, que se las susurraban en sueños los espíritus del macizo del Sasso, y la pequeña consideraba verosímil esa confidencia porque había oído los relatos de Paolo, quien los recogía de los genios de los pastos. Pero no sólo apreciaba las figuras y los giros por el terciopelo y el canto de la voz de la narradora, ya que esta mujer basta a la que sólo dos palabras salvaban del analfabetismo —únicamente sabía escribir su nombre y el de su pueblo y, en misa, no leía las plegarias, sino que las recitaba de memoria— tenía una dicción que contrastaba con la modestia de aquella parroquia a espaldas de las escarpaduras del Sasso. De hecho, es preciso imaginarse cómo eran los Abruzos en esa época en la parte montañosa donde vivían los protectores de Clara: ocho meses de nieve entrecortados por tormentas sobre macizos encajados entre dos mares, donde no era raro ver algunos copos de nieve en pleno verano. Además, padecían una enorme pobreza, la de las regiones donde sólo cultivan la tierra y crían rebaños que en verano llevan hasta el punto más elevado de las laderas. Poca gente, por tanto, y aún menos con nieve, cuando todos se han marchado a acompañar a la bestias bajo el sol de Apulia. En el pueblo quedan campesinos laboriosos que cultivan esas lentejas oscuras que sólo crecen en suelos pobres, y mujeres valerosas que, pese al frío, se ocupan de los niños, de las devociones y de las granjas. Pero si el viento y la nieve esculpen a la gente de esas tierras como a

crestas de roca dura, también les da forma la poesía de sus paisajes, que hace componer rimas a los pastores en las nieblas heladas de los pastos y presenciar las tormentas en aldeas suspendidas en el lienzo del cielo.

Así, la anciana, cuya vida había transcurrido entre los muros de un pueblo atrasado, tenía una voz sedosa que venía de la fastuosidad de los paisajes. La pequeña estaba convencida: el timbre de aquella voz la había despertado al mundo, aunque le aseguraran que entonces no era más que una niña de pecho hambrienta en el escalón más alto de la entrada de la iglesia. Pero Clara no dudaba de su fe. Había un gran vacío de sensaciones, una ausencia festoneada de blancura y de viento; y la cascada melodiosa que traspasaba la nada y que reconocía cada mañana cuando la vieja criada le deseaba buenos días. De hecho, la pequeña había aprendido italiano a una velocidad milagrosa, pero lo que la embriagaba como la estela de un perfume prodigioso era la música. Paolo, el pastor, lo había advertido y, como quien no quiere la cosa, una noche de velatorio le había susurrado: «¿Música, eh, pequeña, oyes música?». Levantando hacia él sus ojos tan azules como los torrentes del glaciar, ella había respondido con una mirada en la que cantaban los ángeles del misterio. Y en las cuestas del Sasso la vida transcurría con la lentitud y la intensidad propia de las regiones donde todo exige esfuerzo y lleva su tiempo, en el curso de ese sueño pretérito en el que los hombres han conocido la languidez y la aspereza del mundo entrelazadas. Trabajaban mucho, rezaban en igual medida y protegían a una pequeña que hablaba como si cantara y sabía conversar con los espíritus de los peñascos y de las hondonadas.

Un atardecer de junio llamaron a la puerta de la parroquia y dos hombres entraron en la cocina secándose la frente. Uno de ellos era el hermano menor del cura y el otro el carretero que había conducido desde L'Aquila el gran remolque arrastrado por dos caballos en el que se veía un bulto macizo envuelto con mantas y correas. Clara había seguido con la mirada el convoy que avanzaba por la carretera del norte mientras, después del almuerzo, permanecía en la cuesta situada en lo alto del pueblo, desde donde se abarcaban los dos valles al mismo tiempo que Pescara y el mar, si el día era claro. Cuando estaba a punto de alcanzar la última subida, Clara se había precipitado por las pendientes y había llegado a la parroquia con la cara iluminada de amor. Los dos hombres dejaron la carreta delante del porche de la iglesia y treparon hasta el jardín de ciruelos, donde los abrazaron y escanciaron para ellos una copa de vino blanco frío y dulce que servían los días calurosos, junto con un tentempié; luego, aplazando la cena, se secaron la boca con el reverso de la manga y acudieron a la iglesia, donde les esperaba el padre Centi. Hizo falta el refuerzo de otros dos hombres para instalar el gran bulto en la nave y liberarlo de las ataduras, mientras el pueblo empezaba a esparcirse entre los bancos de la pequeña iglesia y en el aire flotaba una dulzura que coincidía con la llegada de aquel legado inesperado de la ciudad. Pero Clara se había apartado, inmóvil y muda, a la sombra de una columna. Aquella hora era su hora, como sabía por lo que había experimentado al descubrir el punto que se movía por la carretera del norte, y si la vieja criada le había notado una exaltación de recién casada en la cara, era porque se

sentía en el umbral de una boda familiar y extraña. Cuando desataron la última correa y al fin pudieron ver el objeto, hubo un murmullo de satisfacción seguido por una salva de aplausos, ya que se trataba de un hermoso piano, negro y tan pulido como un guijarro, y casi sin arañazos, pese a que ya había viajado y vivido mucho.

Ésta es su historia. El padre Centi venía de una familia acaudalada de L'Aquila cuya descendencia se marchitaba, puesto que él se había hecho sacerdote, dos de sus hermanos habían muerto precozmente y el tercero, Alessandro, que expiaba en casa de su tía los errores de una vida romana disoluta, nunca se había decidido a casarse. El padre de los dos hermanos había muerto antes de la guerra dejando a su viuda un inesperado contingente de deudas y una casa demasiado señorial para la mujer pobre en la que se había convertido de la noche a la mañana. Cuando los acreedores dejaron de llamar a su puerta, una vez que hubo vendido todos sus bienes, se retiró al mismo convento donde murió algunos años después, mucho tiempo antes de que Clara llegara al pueblo. Con todo, al abandonar la vida secular para recluirse definitivamente en el convento, había hecho llevar a casa de su hermana, una anciana que vivía cerca de las murallas, el único vestigio de su gloria pasada, que había conservado a pesar de los buitres, y le había pedido que lo cuidara para los nietos que quizá tendría algún día. «Yo ya no los conoceré, pero lo recibirán de mí, y ahora me marchó y te deseo que tengas una buena vida», había transcrito fielmente la tía en su

testamento, legando el piano a aquel de sus sobrinos que tuviera descendencia el día que ella también muriera, añadiendo: «Haced lo que ella quería». Cosa que el notario, que se había enterado de la llegada de una huérfana a la parroquia, creyó cumplir rogando a Alessandro que escoltara la herencia hasta la residencia de su hermano. Como durante la guerra el piano había permanecido en la buhardilla, sin que nadie pensara en volver a bajarlo después, el mismo notario avisó por carta de que habría que afinarlo cuando llegara, a lo que el cura respondió que el afinador que una vez al año recorría las villas de los alrededores tenía previsto dar un rodeo por el pueblo a comienzos del verano.

Y contemplaban el hermoso piano que brillaba bajo los vitrales y se reían, charlaban y se abandonaban a la alegría de aquella bonita velada de finales de primavera. Pero Clara callaba. Ya había oído tocar el órgano en los funerales de la iglesia vecina, donde la vieja santurrona que ejecutaba las piezas litúrgicas era tan dura de oído que resultaba una intérprete mediocre, y hay que decir que los acordes que tocaba sin oírlos probablemente tampoco eran memorables en sí mismos. Clara prefería mil veces la melopea que Paolo arrancaba a su flauta en las montañas, que encontraba más bonita y evocadora que el estrépito del órgano dedicado a la gloria del Altísimo. Con todo, al distinguir la carreta más abajo de los zigzags de la larga carretera, el corazón le había dado un vuelco de una manera que anunciaba un acontecimiento extraordinario. Ahora que el objeto se hallaba frente a ella, el sentimiento se acre-

centaba vertiginosamente y Clara se preguntaba cómo podría soportar la espera, ya que habían dicho, muy a pesar de quienes deseaban un anticipo de los placeres, que no tocarían el instrumento hasta que estuviera afinado. Pero respetaban el decreto del pastor de las conciencias y se disponían a pasar una bonita noche paladeando el vino bajo la clemencia de las estrellas.

Por lo demás, fue una velada espléndida. Habían puesto la mesa debajo de los ciruelos del vergel y habían invitado a cenar a los viejos amigos de Alessandro. En el pasado éste era muy apuesto, y bajo las marcas del tiempo y de los excesos de antaño aún se le veían los rasgos y el modelado altivo del rostro. Además, hablaba italiano con un tono regular que no menguaba su melodía, y siempre contaba historias sobre mujeres muy hermosas y tardes sin fin en las que fumaban bajo un toldo conversando con poetas y sabios. Aquella noche empezó a referir algo que sucedía en salones perfumados donde ofrecían cigarros finos y licores dorados, algo que a Clara se le escapaba, de lo desconocidos que le eran aquellos decorados y costumbres. Pero cuando iba a contar una cosa misteriosa llamada concierto, la vieja criada lo interrumpió diciendo: «*Sandro, al vino ci pensi tu?*». Y el hombre afable, cuya vida entera se había quemado en unos cuantos años de juventud incandescente y fastuosa, fue a la bodega a buscar algunas botellas que abrió con la misma elegancia con la que había desbaratado su vida y, en los labios, la misma sonrisa con la que siempre se había enfrentado al desastre. Entonces, bajo los rayos de la luna cálida que iluminaban partes arrebatadas a la oscuridad de la mesa de la cena en la parroquia, por un instante fue el

joven brillante del pasado. Luego las cenizas de la noche cubrieron la expresión que los había cautivado a todos. A lo lejos veían luces en el vacío y sabían que otros servían el vino del verano agradeciendo al Señor la ofrenda del crepúsculo tibio. Había amapolas en toda la montaña, y una pequeña más rubia que los brotes de hierba a quien pronto el cura le enseñaría a tocar el piano, como si fuera una señorita de ciudad. Ah... pausa y respiro en la incesante rueda de las labores... Aquella noche era una gran noche y todos los presentes lo sabían.

Alessandro Centi se quedó en la parroquia los días posteriores a la llegada del piano y fue él quien recibió al afinador con los primeros calores de julio. Clara siguió a los dos hombres hasta la iglesia y miró en silencio al hombre que desembalaba sus herramientas. Los primeros golpes en las teclas desafinadas le dieron la sensación de una hoja afilada y de un desvanecimiento voluptuoso a la vez; Alessandro y el afinador charlaban y bromeaban mientras su vida daba un vuelco hacia el tacto del marfil y del fieltro. Luego Alessandro se sentó frente al teclado, colocó una partitura ante él y tocó bastante bien, pese a los años de sequía. Al final del pasaje, Clara fue a su lado y, señalándole la partitura con el dedo, le hizo gestos para que fuera pasando las páginas. Él le sonrió divertido pero algo en la mirada de ella lo desconcertó y pasó las páginas tal y como le había pedido. Las pasó despacio, una tras otra, y después volvió a empezar desde el comienzo. Cuando terminó, Clara dijo: «Sigue tocando», y él tocó de nuevo

aquel trozo. A continuación nadie dijo nada. Alessandro se levantó y fue a la sacristía a buscar un gran cojín rojo que colocó sobre el taburete de terciopelo. «¿Quieres tocar?», le preguntó con la voz ronca.

Las manos de la pequeña eran finas y graciosas, más bien largas para una niña que había cumplido diez años en noviembre, y extremadamente ágiles. Las mantuvo sobre las teclas como se suele hacer antes de tocar, pero las dejó en suspenso durante un instante en que los dos hombres tuvieron la sensación de que un viento inefable soplaba en la nave. Luego las apoyó en el teclado. Entonces una tormenta barrió la iglesia, una verdadera tormenta que hizo volar las hojas y rugió como una ola que se encarama a las rocas y vuelve a caer. Al fin la ola pasó y la pequeña tocó el piano.

Tocó despacio, sin mirarse las manos y sin equivocarse ni una sola vez. Alessandro le pasó las páginas de la partitura y ella continuó tocando con la misma inexorable perfección, a la misma velocidad y con la misma precisión, hasta que se hizo el silencio en la iglesia transfigurada.

—¿Lees lo que tocas? —preguntó Alessandro al cabo de un rato.

Clara contestó:

—Lo miro.

—¿Puedes tocar sin mirar?